

¡Oh Mexicanos, que como yo habeis nacido en este dichoso suelo! Levantemos del fondo de nuestro corazón un ardiente voto de gracias á Nuestro Buen Dios, á nuestra querida Madre, y congratulémonos en el Señor. Digamos á voz en cuello, que antes morir que ser infieles á nuestra Reyna, que antes presentáremos el cuello á la cuchilla del verdugo, que apostatar y renegar de nuestra fé. Sí, digamos con voz esforzada, que Mexicano, es lo mismo que Guadalupano, que Mexicano es lo mismo que soldado de Cristo, que gustoso se ofrecerá en holocausto por el honor de nuestro Dios, de nuestra Madre Santísima, y por la salvación de nuestros hermanos.

No lleveis, Señores, á mal, que en medio del gozo que hace latir nuestros cristianos corazones, me exprese así. Poned la mano en vuestro corazón y decidme con verdad si en lo que he dicho me he extralimitado, tratándose de un Mexicano, que tiene la dicha de estar á las plantas de su Madre, de su Reyna; que es su único consuelo, su única esperanza, y su única salvación en este valle de lágrimas. Las ideas son tan grandes, á la vez que los afectos tan intensos, que embargando por completo el corazón del hijo de María de Guadalupe, le arrebatan y elevan á una región incomprendible para el profano, que ni siquiera ha pisado los umbrales, ni menos penetrado los misteriosos secretos de la cristiana devoción.

Es, pues, evidente, que Dios Nuestro Señor en su bondad infinita dió á su Santísima Madre la sublime misión de venir á México á ser su Apóstol, su guía, su luz, que le sacase de las tinieblas del Gentilismo al Gran Reynado de Jesucristo.

Lo vereis más claro si examináis atentamente las circunstancias todas de la Aparición Guadalupana:

en verdad, habla, Madre mía: dí, ¿qué significa el haber consagrado este suelo, reposando tus virginales plantas en lo más crudo del Invierno, y haciendo brotar en las áridas rocas del Tepeyac, fragantes rosas, si no, el cumplimiento de tu misión bendita, haciendo brotar del corazón duro de los hijos de México las celestiales flores de las virtudes cristianas? ¿qué significan esas palabras tan tiernas y conmovedoras, con las que te comunicaste á un pobrecito neófito á quien llamas tu pequeñito y delicado, y te le muestras como la verdadera Madre de Dios, es decir: la Madre de la Sabiduría increada y de la Luz eterna, diciéndole que se presente al Obispo para que te labre aquí un Templo en donde quieres mostrarte Madre amorosa y tierna de los Mexicanos, repito: ¿qué significa todo esto si no, la misión de evangelizar á mi Patria, ilustrando á sus hijos con la luz del que es la luz del mundo, para hacerlos participantes de la gloria eterna? Dínos, por último, Madre mía, ¿qué significa el dejarnos impresa tu soberana efigie en un humilde ayate, que después de trescientos años no ha sido capaz el tiempo de destruir, ni la maledicencia de los impíos arrancar de nuestro corazón esta piadosa creencia, si no, que como Apóstol fiel quieres permanecer con nosotros hasta el fin del mundo?

Ciertamente, Señores, dando ya de mano á todo raciocinio dejaré sentado como verdad evidente que María es nuestro divino Apóstol, y que México con esto ha recibido la prerogativa que le eleva sobre todas las naciones más favorecidas de allende el Atlántico.

Ahora, decidme: ¿quién de vosotros al considerar que está en este grandioso Palacio, cerca de su Reyna, no se siente dulcemente impresionado? quién de

vosotros al solo dirigir una mirada á esa Sobèrana Señora no siente como con un toque eléctrico conmoverse todo su corazón y todo su sér? quién en estos momentos no recuerda las primeras impresiones de la infancia? ¡Ah! parece que escuchamos aún la voz fervorosa de una tierna y cariñosa madre que acercándose á nuestro oído, siendo pequeños niños, nos pronunciaba aquellas dulcíssimas palabras: Tepeyac! María de Guadalupe! Reyna y Madre de los Mexicanos! ¡No las hemos olvidado! y nuestro afán siempre ha sido, visitar este santo lugar, venir á los pies de María para ofrecerle nuestro corazón.

¡Oh magnífico Santuario! ¿por qué desde tan largo tiempo respiras amor, gloria y belleza sobrenatural? por que eres y serás el monumento perenne de la predilección de María para con los Mexicanos, por que te ha labrado la piedad, la fé, y la obediencia de los hijos de México.

Ciertamente, hermanos míos, este recinto sagrado, habitación de nuestro Apóstol divino, María de Guadalupe, nos es un testimonio vivo de la creencia, del amor, de la ardiente devoción de nuestros antepasados.

Ellos gozaron de mejores tiempos y quizá fueron cristianos mas fervorosos. Ellos no vieron introducirse en sus hogares la anticristiana educación del presente siglo. Ellos no vieron á sus inocentes hijos precipitarse en la corriente del liberalismo. No oyeron la voz seductora de Satanás convidando á la pérfida heregía. No intentaron jamás amalgamar la doctrina de Jesucristo y la del mundo. No tuvieron que lamentar su Iglesia despojada de libertad religiosa y culto externo. No vieron á sus sacerdotes ultrajados y vilipendiados. No abrigaron la satánica masonería. No

vendieron su fé por el vil metal. No apegaron su corazón á los efectos prodigiosos del vapor y de la electricidad. No dejaron, en fin, de llamarse en público, Mexicanos hijos de María.

Pero ellos, repito, gozaron de mejores tiempos y con más facilidad que nosotros pudieron demostrarse Guadalupanos. Porque María de Guadalupe no los abandonó un instante. Porque María de Guadalupe los amó tiernamente como á pequeñitos y delicados.

¡Ah! y nosotros que vivimos en una horrible situación, que atravesamos una época difícil, que estamos tocando ya el fin de un siglo si no del todo ateo, sí, grande enemigo de la Iglesia Católica, por su vana ilustración, por sus perversas costumbres, por su falta de fé. ¿Hemos perdido el amor á María Santísima de Guadalupe? ¿hemos dejado de sentir la influencia de su poderosa protección? ¿hemos dejado de creer que ella es nuestro Apóstol divino, enviado por Dios para salvarnos? Nosotros los Queretanos, ¿hemos dejado de aprender la lección que con su palabra y con su ejemplo, nos ha dado, Nuestro Illmo. Prelado, de venir durante tres lustros, año por año, á rendirle á nuestra Reyna el homenaje sincero de nuestro amor y eterna gratitud, llevando de regreso á nuestra Ciudad el más dulce consuelo, la más firme esperanza, la más grande satisfacción? ¿Hemos venido alguna vez á este sitio derramando lágrimas y sumergidos en la más honda aflicción, sin salir llenos de consuelo, viéndose ya remediadas por completo nuestras aficciones, nuestras penas, nuestros dolores?

¡No! ¡mil veces no! Los Mexicanos todos y nosotros Queretanos, en la presente aciaga época, no hemos dejado de sentir la influencia amorosa, y caricias maternales de nuestra María de Guadalupe. No hemos

dejado de implorar su divino amparo. Ella no ha dejado de ser nuestro Apóstol. Hé aquí por qué, la Iglesia Mexicana siempre triunfará: *Portae inferi non preva- lebunt adversus eam*: hé aquí por qué México jamás olvidará su fé, México jamás se perderá.

Que las naciones allende los mares avancen en el progreso material, que lleguen al colmo de su civilización, que canten victoria, no le importa á la nación Mexicana. Ella se cree muy feliz con tener por Apóstol á María de Guadalupe, y por esto ella se proclama la nación predilecta.

Hoy, Señores, más que nunca debemos pronunciar con ardiente entusiasmo las palabras del inmortal Benedicto XIV: *Non fecit taliter omni nationi*.

He concluido, Señores y hermanos míos; pero antes de cerrar mis labios permitidme que os exhorte vivamente á que nunca seais ingratos con vuestra Madre y Reyna, á que nunca la olvideis, á que nunca os perdais. Estimad en su justo valor vuestra nacionalidad; comprended en su verdadero sentido el nombre de Mexicano, ó sea Guadalupano.

Llamad en todas vuestras aflicciones á María, consultadla en todos vuestros negocios, entregadle vuestra salvación. Roguémosle ardientemente que si nos es permitido darle el último adiós al presente siglo, dé por nosotros á su Divino Hijo las gracias por sus beneficios recibidos, y nos alcance nuevos dones y favores para el entrante. Que nos conceda rendirle á Jesucristo Nuestro Redentor el homenaje debido, y á su dignísimo Vicario, Nuestro gran Pontífice León XIII.

Roguémosle, por último, que librando á nuestra Patria de los males temporales y espirituales que le amenazan, nos conceda morir en el seno de la Igle-

sia Católica, pronunciando su dulcísimo nombre: María de Guadalupe, y nos presente en la Eterna mansión ante su Divino Hijo, como sus Mexicanos á quienes amó tiernamente aquí, como sus pequeñitos y delicados.

¡Oh María! ¡Salve Augusta Reyna de los Mexicanos! ¡Madre Santísima de Guadalupe, Salve! Ruega por tu nación para conseguir lo que tú, Madre Nuestra, creas más conveniente pedir. Ruega por Querétaro para conseguir lo que tú creas más conveniente pedir. Mira que tu nación era un pueblo que andaba en tinieblas, que moraba en la región de la sombra de muerte; y al aparecer tú, Madre mía, en estas incultas peñas, vió una grande luz, y de la horrible idolatría se levantó súbitamente al conocimiento del verdadero Dios. No permitas, te ruego, que por su culpa vuelva á sentarse en las tinieblas del error y del pecado. No permitas que tus hijos los Mexicanos, y en especial los Queretanos, faltemos á tu amor y fidelidad, y que nos aleje de tí el pecado. Con todo mi corazón te ruego, Madre mía de Guadalupe, que siempre protejas á Nuestro Illmo. Prelado. Mira que es el primero entre los Obispos actuales de México, que inició, y ha propagado con vehemente ahinco estas peregrinaciones. Mira que se ha consagrado enteramente á tu devoción. El morirá; pero le sobrevivirá el fervor y entusiasmo que ha inoculado en sus diocesanos para venir año por año á visitarte. Este Santuario es testigo de las fervientes súplicas que te hace, de los latidos fuertes de su corazón que reboza en gozo cuando está cerca de tí. Prémialo, Madre mía, recíbele su último suspiro en su hora crítica, y á nosotros sus hijos, bendícenos y colma de felicidades á toda nuestra Diócesis.

Mira que en nuestra Ciudad de Querétaro se levantó el primer Templo, después de éste, en honor tuyo, y por lo mismo, es la Ciudad que debe llamarse eminentemente Guadalupana. Miranos aquí prostrados, no nos iremos sin llevar el consuelo y la firme esperanza de ser remediadas todas nuestras penas, todas nuestras tribulaciones y todos nuestros dolores.

¡Adiós, Madre mía! Concédeme lo que siempre te he pedido para mí y para mis hermanos: pronunciar tu dulcísimo Nombre en nuestra muerte, é ir á gozar de Dios en la mansión de los justos.

